

Javier Romero

Estaré donde tú no estés



 DIVALENTIS *Romantica*

Kindle edition

ESTARÉ DONDE TÚ NO ESTÉS

De Javier Romero

ESTARÉ DONDE TÚ NO ESTÉS

1ª edición papel: enero 2014

1ª edición kindle: noviembre 2014

© 2014 Divalentis S.L.

www.divalentis.es

divalentis@divalentis.es

Telf. +34 964 838 863

Texto: **Javier Romero**

Ilustración de cubiertas: **Divalentis S.L.**

Diseño de edición: **Divalentis S.L.**

No está permitida la reproducción total o parcial de este libro, ni su tratamiento informático, ni la transmisión de ninguna manera o mediante ningún medio, ya sea electrónico, fotocopia, por registro o por otros medios, sin el permiso previo o por escrito de los titulares de los derechos.

*A mis padres, todo amor y humildad.
A Ana, mi vida, mi corazón y la dueña de mi alma.
A mi hijo Martín, que me ha devuelto a la niñez.*

«Ama y haz lo que quieras.
Si callas, callarás con amor; si gritas, gritarás con amor;
si corriges, corregirás con amor; si perdonas, perdonarás
con amor».

Cornelio Tácito
(Historiador romano)

31 de octubre

—¿Estás loca o qué!?

—¡No puedo dejar las cosas así!

—Pero, ¿tú te has visto?

Marta bajó la cabeza con los ojos vidriosos y poco le importó darse cuenta de que su aspecto no era el más adecuado. Las medias de rejilla hacían juego con una falda minúscula de cuero negro y el corpiño rojo pasión destacaba en la noche, brillando bajo las farolas del aeropuerto, como si de un árbol de Navidad se tratase.

—¿Qué le pasa a mi aspecto? —Remarcaba cada palabra con toda la ingenuidad que podía encontrar en su interior.

El joven la miró de arriba abajo con una sonrisa cínica en los labios y se encogió de hombros.

—Pareces una fulana.

Ella también se encogió de hombros y, a pesar de la tristeza que la embargaba, sonrió.

—Es que voy vestida de fulana.

—Ya lo decía yo. Aunque me recuerdas un poco a uno de los de la serie esa de muertos vivientes; pareces una prostituta zombi, con esos ojos negros de mapache y la cara más blanca que la leche, recién sacada de una tumba...

—¡Qué gracioso! Tampoco es que tú vayas vestido de lo más normal.

Él se miró de reojo en el cristal de uno de los taxis aparcados frente a la entrada del aeropuerto de Barajas y su imagen portentosa, vestido con un uniforme de policía, le hizo sonreír. Como era costumbre en él, abrió la boca para soltar alguna de las múltiples respuestas que pugnaban por abandonar su veloz cerebro pero, en un alarde de buena fe por su parte, no lo hizo. En su lugar, posó con suavidad su mano en el hombro de Marta y sonrió con esa perfecta dentadura que tantas veces la había encandilado durante las últimas ocho semanas, en los que su vida había dado un giro de ciento ochenta grados.

—Por si no lo sabes, estaba trabajando cuando me has llamado.

—Lo siento. Espero que no te despidan por esto.

—Tú sigue haciéndote la graciosa —comentó mordaz.

—Te sientan muy bien esas esposas —replicó la joven, con la mirada puesta en los aros metálicos que él llevaba en el cinturón.

—Ya ves, son las de reglamento. —Le guiñó un ojo—. A ver, ¿qué quieres hacer?

—¿A qué te refieres?

—Estamos en el aeropuerto —aclaró él mientras señalaba el enorme cartel que anunciaba el nombre de la terminal—. ¿A qué has venido?

—No puedo dejar que las cosas terminen de esta forma. Necesito... —Un par de amargas y traicioneras lágrimas surcaron sus mejillas.

—¿Qué necesitas? —Su acompañante intentaba no dejarse llevar por la tristeza.

—Necesito saber que no fue todo una gran mentira.

—¿Y ya estás!? —El joven resoplaba como un toro enfurecido—. Si lo llego a saber, ni vengo.

Marta se secó las lágrimas, levantó la cabeza y sonrió con timidez, como si fuera una cría a la que hubiesen pillado un embuste.

—Necesito más, mucho más.

Él sonrió.

—Eso es otra cosa. ¿Estás dispuesta a todo?

—Lo estoy.

—Entonces, sígueme.

Ambos se pusieron en marcha y, con decisión, entraron en el aeropuerto. Se acercaron a uno de los paneles de control y buscaron el vuelo que salía esa misma noche con destino Sídney. Junto a ellos, un grupo de mujeres mayores, vestidas con elegancia, consultaban el mismo panel y cuchicheaban, extrañadas de ver que una prostituta y un policía observaban con nerviosismo los horarios de aterrizajes y despegues.

—*Shit!* —exclamó él. Acto seguido, agarró a Marta del brazo y tiró de ella para que lo siguiera.

—¿Qué pasa?

—El vuelo sale en quince minutos.

—¡Mierda! —exclamó ella a su vez y comenzó una apresurada carrera por los pasillos del aeropuerto.

—Esto me trae recuerdos de París —dijo él, consciente de que no dejaban indiferente a ninguna de las escasas personas con las que se cruzaban.

La joven sonrió justo antes de detenerse frente al control de policía del aeropuerto.

—¿Qué vamos a hacer ahora? —preguntó Marta, casi sin resuello.

Su compañero se apoyó sobre una columna con el corazón a mil por hora y la respiración entrecortada.

—Solo hay una cosa que podemos hacer —comentó él al tiempo que cogía un par de folletos de información de una línea aérea.

—¿Esto para qué es? —inquirió la joven. Miró el papel y le dio varias vueltas entre sus manos.

—Vamos —dijo él.

Marta lo siguió por el sendero marcado por cintas. Precaz, miraba constantemente a uno y otro lado, tal como se acercaban a la mujer que, al final del camino, pedía los billetes a los pasajeros. Tan solo había una pareja delante de ellos. No iban a tener que esperar demasiado.

—¿Y ahora qué? —preguntó Marta en un susurro, con un ojo puesto en el control de policía.

—Confía en mí —comentó él en voz baja. Sacó su pistola de la funda y la dejó caer con mucho cuidado en el bolso de la mujer de mediana edad que les antecedió.

—¿Qué haces?

—¡Sssssh! —chistó y le dio un codazo para que se callara—. Cuando te avise, echa a correr y no pares pase lo que pase.

—¿Estás mal de la cabeza?

—Dijiste que harías cualquier cosa.

Marta observó cómo la mujer de mediana edad, tras quitarse la chaqueta, dejaba su bolso en una de las bandejas de plástico amarillento y contuvo la respiración.

—Sus tarjetas de embarque, por favor —pidió la empleada del aeropuerto con exagerada amabilidad. Marta se dio cuenta al instante de que la mujer se había quedado extasiada al contemplar el formidable físico del joven que la acompañaba.

—Sí, un momento. —Él comenzó a rebuscar en todos los bolsillos del uniforme, sin perder de vista el punto de control donde la bandeja que portaba el bolso de la mujer comenzaba a atravesar las cortinillas de la máquina de rayos X. Un instante después, sacaba el folleto de publicidad del bolsillo trasero de sus pantalones y arrancaba el otro folleto de las manos de Marta—. Tenga, aquí están.

La mujer bajó con lentitud la cabeza y recogió los folletos. Enarcó una ceja y, como por arte de magia, salió de su embelesamiento.

—Perdone, estas no son las tarjetas.

—¡Arma!

Todo se precipitó en el momento idóneo. Tras el grito del agente de control de los equipajes de mano, que acababa de localizar la pistola en el bolso de aquella inocente mujer, Marta sintió un fuerte tirón en su mano.

—¡Vamos, Marta, corre con toda tu alma!

Se dejó arrastrar una vez más y, precedida de su acompañante, cruzó el control de seguridad mientras los cuatro agentes se afanaban en registrar a la apabullada mujer, al que parecía ser su marido y, por supuesto, el equipaje de mano de ambos. Sin pensar, Marta soltó un grito de júbilo que quedó cortado por otro que pugnaba por arrancar de raíz la alegría que acababa de experimentar.

—¡Alto!

—No mires atrás.

Ambos avanzaban por los pasillos del aeropuerto todo lo rápido que les permitía el suelo recién encerado. De reojo, Marta pudo comprobar que dos agentes de la policía nacional habían comenzado a perseguirlos. Miró a lo lejos e

intentó calcular mentalmente la distancia que los separaba de la puerta de embarque a la que se dirigían; su meta, su anhelada meta.

Tuvieron que variar la dirección un par de veces al encontrarse con agentes de policía que, como si de un videojuego se tratara, aparecían por las puertas laterales.

—No te detengas, Marta. Ya queda poco.

—Nos van a coger.

—¡Ni de coña! ¡Ya verás!

En ese preciso instante, tres policías más aparecieron por una estrecha portezuela metálica y, con paciencia y una lobuna sonrisa en sus labios, esperaron la llegada de los corredores que, con la mirada perdida en el horizonte, buscaban la puerta de embarque.

—Mierda, nos impiden el acceso —comentó el joven sin dejar de correr. A cada paso que daban se acercaban más y más a los agentes.

—Todo está perdido —afirmó ella casi sin aliento.

—Marta, pase lo que pase, no dejes de correr y ve a por tu sueño, no lo dejes escapar.

Cuando los tres agentes se lanzaron hacia ellos, el joven vestido de policía que se estaba jugando el pescuezo por Marta, giró a toda velocidad hacia ellos y chocó con violencia contra los que parecían ser sus compañeros de profesión. Dos de los policías rodaron por el suelo. Los demás, tras distinguir el uniforme que portaba el hombre al que debían detener, se quedaron inmóviles. Marta aprovechó su indecisión para seguir corriendo.

—¡No pares, Marta! ¡¡No pares!!

No volvió la vista atrás. Tan solo podía escuchar el sonido de su respiración, los latidos de su corazón y el *pañafañ* de sus pies, que golpeaban rítmicamente el suelo de mármol del aeropuerto. Unos segundos después, se encontró de frente con la deseada puerta de embarque. En el mostrador de control de tarjetas, los pasajeros ya habían sido embarcados y dos azafatas se afanaban en el recuento de billetes. No había nadie más allí. Marta sintió que su esperanza comenzaba a quebrarse.

—¿Dónde va? —preguntó una de las auxiliares al verla llegar con prisas y la cara desencajada.

Inundada por el temor de ser interceptada por alguna de las mujeres, Marta ni se lo pensó. Cerró los ojos y, al igual que había hecho su acompañante unos segundos antes, embistió con todas sus fuerzas mediante un salto acrobático. Para su sorpresa, no alcanzó su objetivo y cayó de bruces junto al mostrador. Las dos empleadas de la línea aérea la miraban con los ojos como platos. Se levantó de un salto y echó a correr de nuevo, a lo largo del túnel que llevaba directamente al avión. Tan solo le quedaban unos metros. Un paso, otro paso..., giró a la izquierda y el alma se le cayó a los pies. Al final del túnel encontró una puerta cerrada. Se acercó a una ventanilla lateral y comprobó, con todo el dolor de su corazón, que el avión se dirigía hacia la pista de despegue. Acarició con delicadeza la silueta del aeroplano a través del cristal de la ventana y notó cómo las lágrimas comenzaban a surcar sus mejillas.

—¡No se mueva!

Al escuchar la advertencia, Marta se giró poco a poco. Cuatro policías, arma en mano, la miraban como si estuvieran delante del propio Al Capone. Para sorpresa de los agentes, la mujer que les había hecho correr como locos por los pasillos del aeropuerto, cayó de rodillas frente a ellos y se echó a llorar. Se balanceaba adelante y atrás como una niña pequeña y repetía, una y otra vez, un doloroso susurro:

—No, no, no...

Uno

Ocho semanas antes.

—¡Yo os declaro marido y mujer!

Marta vestía de blanco inmaculado, pero el velo de novia le caía sin gracia sobre uno de sus hombros y un mechón rebelde se escapaba, sin permiso, de su rubia coleta. Miró a su alrededor e intentó, en vano, disimular una sonrisa. Allí, junto a ella, en ese instante que sabía que solo debía ocurrir una vez en la vida, se encontraban todas sus amigas y, como no podía ser de otra forma, su querida hermana pequeña. Tras un guiño cómplice, giró la cabeza y se encontró con los preciosos ojos azules del hombre que, vestido de etiqueta y con un pañuelo blanco anudado al cuello, la acompañaba en ese irreplicable momento. Con un supremo esfuerzo consiguió desengancharse de la penetrante mirada del hombretón, que en un gesto muy poco romántico le puso la mano en el culo y se lo apretó con fuerza.

—¡Eh! —se quejó con energía y se removió hasta liberar sus gloriosas posaderas de la manaza que las tenía presas.

—Puede besar a la novia —anunció el oficiante.

El hombretón de la mirada profunda y azul se aproximó a ella con un movimiento lento y premeditado. Marta se quedó helada al ver tan cerca de ella los labios del hombre con el que supuestamente se había casado y salió de su ensimismamiento en el preciso instante en el que el hombre del alzacuellos le rozaba con la mano, sin miramientos, uno de sus pechos. La novia dio un paso atrás y los gritos de sus amigas se recrudecieron. Las notas de la que debería haber sido una melodía litúrgica intentaban abrirse paso

entre el griterío adolescente de las mujeres allí reunidas. La sensual guitarra de Lenny Kravitz copó toda la sala y los dos hombres, a su lado, empezaron a contonearse como lagartijas.

*American woman, stay away from me
American woman, mama let me be
Don't come hangin' around my door
I don't wanna see your face no more
I got more important things to do
Than spend my time growin' old with you.*

—¡Aaah, Carool, esto es cosa tuyaaa! —Eufórica, Marta gritaba por encima de los aullidos y la música, y se acercaba a su hermana con movimientos rítmicos—. ¡Sabes que Lenny Kravitz me encantaaa!

—¡Lo sé! ¡Feliz despedida, hermanita! —le deseó Carol.

El *stripper* que representaba el papel de novio perfecto se quitaba el pañuelo y la chaqueta con ensayada sensualidad. Las dos hermanas, cogidas de los hombros, cantaban a dúo con una motivación máxima y una entonación casi nula.

Cuando Lenny Kravitz dio por terminada la canción con su seductor *I gotta go*, Marta decidió que ese era un buen momento para hacer una visita al espectacular baño de la *suite* que habían reservado para celebrar su despedida de soltera, en uno de los mejores hoteles de Madrid. Cerró la puerta a sus espaldas y se sentó en el borde del enorme *jacuzzi*.

—Definitivamente, he bebido demasiado. —Marta saludó a su imagen en el espejo, se levantó el vestido y se sentó en el retrete. Estaba entretenida con la contemplación de la infinidad de botecitos que adornaban la encimera del lavabo cuando la puerta del baño se abrió con lentitud.

—¡Mierda, no he echado el pestillo! —susurró Marta. Con ambas manos sujetó su falda para taparse todo lo posible—. ¡¡Está ocupado!!

—Vaya, mi flamante esposa en el váter. —El *stripper* que hacía las veces de novio cachas y que había demostrado tener las manos muy largas, contemplaba a Marta desde la puerta del baño, vestido tan solo con un tanga rojo—. Aún no me has dado el beso de recién casados.

—¡Eh! ¿No ves que estoy en el baño?

—Es evidente. Un buen sitio para ese besito.

Marta resopló un par de veces en un vano intento por calmarse mientras sentía cómo la sangre le subía al rostro y mucho más al contemplar el cuerpo musculado y definido de aquel hombre.

—¿Acaso no te has dado cuenta de que estoy... meando? —dijo ella con un premeditado tono desagradable.

El bailarín hizo oídos sordos a la protesta de la joven, se apoyó en la encimera del lavabo y la miró con lascivia.

—Puedo esperar. Está claro lo que necesitas.

Antes de que Marta pudiera responder, la puerta del baño volvió a abrirse. Carol entró decidida, sin mostrar una pizca de sorpresa ante la incómoda escena.

—Anda, Tarzán, lo has hecho muy bien esta noche, pero ahora puedes irte con tu amigo —ordenó la joven con voz condescendiente.

—Aún no he terminado —respondió él con crudeza.

Ante la atónita mirada de Marta, su hermana se acercó con parsimonia al bailarín y, con movimientos sensuales, comenzó a acariciarle el torso con una mano. Bajó desde el cuello hasta los inflados pectorales, los definidos abdominales y, para sorpresa de la novia, agarró el enorme bulto rojo del *stripper*. Él se estremeció al notar el contacto, pero un segundo después la sonrisa de sus labios desapareció y su rostro adquirió un color gris ceniza.

—A ver, musculitos, si no quieres que continúe apretando, asegúrame que vas a salir ahora mismo del baño y sigues bailando para mis amigas, que es para lo único que te hemos pagado, ¿ok?

—No hay problema —consiguió susurrar el joven, con lágrimas en los ojos.

Carol aflojó su agarre y, una vez liberada la presa, el hombre recompuso su tanga con el poco orgullo que le quedaba intacto. Salió del baño como alma que lleva el diablo.

—Eres de lo que no hay, Carol.

—¿Por qué? —Carol cerró la puerta del baño—. ¿Por salvarte del acoso de un tío que es el doble de grande que nosotras dos juntas?

—Lo hubiera podido solucionar yo solita.

—Seguramente. A lo mejor le podías haber abierto la cabeza con un tampón.

Marta se levantó del inodoro y, con gesto de ofendida, intentó recolocar su supuesto vestido de novia. Las dos hermanas estallaron a reír al mismo tiempo y, durante varios minutos, las carcajadas les impidieron articular palabra.

—Podrías ir a la boda con ese vestido —pudo decir Carol, que respiraba hondo para aguantarse la risa.

Marta se refrescó la nuca, se separó de la encimera del baño y contempló el minúsculo vestido. Tan solo tapaba la zona situada entre la parte superior de sus muslos y la inferior de sus clavículas.

—Te sentaría mucho mejor a ti. Yo me siento mayor para estas cosas.

—Solo tienes veintiocho años, Marta.

—Sí, pero a veces me pesa demasiado la responsabilidad.

—Bueno, no me extraña. Eres la encargada de una tienda de vestidos de novia, intentas sacar adelante tu propia firma de moda y, por si fuera poco, vas a casarte en tan solo dos días.

—En cierta manera, te envidio, Carol. No porque te puedas permitir salir de juerga cuando quieras, sino porque consigues vivir tu vida a tu manera.

—Mi trabajo me cuesta, hermanita. Si pasases más tiempo conmigo verías que mi vida no es tan alocada como parece.

—¿Ah, no? ¿Acaso no has sido tú la que me ha metido en una papeleta con esos dos tíos? —dijo Marta con una media sonrisa en los labios.